

# ALBUM LITERARIO

Bajo los Olmos

Por Napoleón Arce

Por la senda solitaria  
que de niños transitamos,  
por la senda solitaria  
y sombría, donde los rayos  
de la luna hoy no penetran  
o penetran muy velados  
por el toldo de verdura  
que los olmos han formado,  
evocando los recuerdos  
de los tiempos ya lejanos,  
he cruzado nuevamente  
pero solo...

El desengaño  
que interpuso entre nosotros  
un abismo, no ha logrado  
alejarse de mí el recuerdo  
de tus besos en mis labios  
y de las horas felices  
que los dos juntos pasamos  
a la sombra de los olmos  
hoy tan crecidos....

¡Los años  
todo lo cambian!....  
no hay uno  
de los detalles de antaño:  
las flores, secas, no aroman;  
las aves han emigrado  
y la fuente rumurante  
en donde antes nos bañamos  
muertas ya sus claras linfas  
tampoco existe....  
sus almas  
los entonan en otros predios  
donde ora corre; y en tanto  
el puentecito de piedra,  
aquél puentecito grato  
que supo de nuestros besos  
y en donde amor nos juramos,  
en el fondo del abismo  
hoy se encuentra amontonado.

En lugar de aquella chosa  
donde tanto nos amamos  
un monasterio sombrío  
hoy se eleva solitario  
lleno de misterios lúgubres  
y de fantasmas extraños  
que en las noches invernales  
errantes van por los campos  
fingiendo las negras sombras  
de los infernales antros.

¡Senda triste y solitaria,  
olmos para mí adorados,  
piedras del antiguo puente  
donde ser fiel nos juramos  
guardad por siembre en secreto  
las escenas del pasado!

Oriental

A Socrates López D.

Sobre el dorso plumizo del enorme camello  
que con pasos gigantes el desierto devora  
sacudiendo, entre veces, la nostalgia del cuello,  
va montada la hermosa egipciaca Eleodora.

A su frente la Esfinge que parece que ora  
se levanta altanera; y del sol un destello  
se detiene en la mole donde dicen que mora  
el espíritu inquieto de lo ideal y lo bello.

Ella entonces comprime dentro el pecho un suspiro  
evocando recuerdos de los seres queridos  
que tal vez se dormitan junto al viejo papiro;

y arriando la bestia que entre mas más ligera,  
la encauina obediente por les vastos egidos  
que custodia con celo la gallarda paimera.

MIGUEL C. AVILÉS P.

Invierno, 1915.

El Idilio de la montaña

Por Demetrio Fábrega

No has visto descender desde la altura  
de la montaña, entre tupidas lianas,  
dos fuentes de agua pura  
que al llegar a la paz de la llanura  
se buscan y se abrazan como  
hermanas?

Separadas nacieron, separadas  
bajaron por los recios peñascales  
como si en vez de alegres camaradas  
se dijese que fueran dos rivales.

Pero la suerte quiso  
que las dos se acercaran de improviso  
al bajar por las ásperas pendientes,  
y al hallarse tan cerca sus corrientes  
descorrieron el velo de sus brumas,  
y al verse, sonrieron  
y algo muy secreto se dijeron  
en la armoniosa voz de sus espumas.

Así empieza la lucha desde lo alto  
de la montaña que el idilio ampara:  
si las acerca un salto  
otro salto mas luego la separa;  
así fueron bajando de la altura  
buscándose y huyendo,  
suspirando unas veces y otras riendo  
hasta encontrar la paz de la llanura

Y al llegar a la vega que sonriente  
como un lecho magnífico se abría  
se enlazaron las dos eternamente  
bajo la hermosa claridad del día:  
así son nuestras almas: lentamente  
la tuya irá acercándose a la mía!

Aurora

(De Memphis)

En un vértigo loco, yo sentía  
ser águila triunfal, musculatura  
que hiende el aire en la inmortal  
locura  
de ir a buscar muy lejos la  
armonía

Y mi pupila enorme se entreabría  
a la diáfana luz que se depura  
en la urna matinal, y que fulgura  
más clara y límpida al clarear  
del día!

Y cuando el alba bella y luminosa  
como risueña reina en su carroza  
apareció desnuda y tentadora.

El sol vació en el mar su urna  
radiante,  
y en mi abierta pupila de diamante  
se reflejó el incendio de la aurora.

DEMETRIO COORSI.

Panamá 1917.

ADORACION

El hijo de María la nazarena,  
de la humana flaqueza el Redentor,  
sintió su pecho palpitar de amor  
los ojos al mirar de Magdalena.

Pero era Dios, su espíritu fecundo  
sublimaba el afecto del mortal,  
y venciendo el anhelo terrenal  
cumple con su misión y salva el mundo.

Y más hermosa tú que Magdalena  
a tus plantas entregome de hinojos  
pues que soy para vencer tus ojos  
el hijo de María la nazarena.